



ENTREVISTA A CARMEN ALBORCH

Amelia VALCARCEL

Carmen Alborch ha sido ministra de Cultura en el último gobierno socialista. Antes de detentar ese cargo había ocupado la dirección de Cultura de la Comunidad de Valencia y dirigido el IVAM. Y previamente había desarrollado su carrera académica como profesora titular de Derecho Mercantil en la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia, de la que también había sido decana. Actualmente es diputada en el Congreso. Nos reunimos con ella para conocer qué valoración hace de un año de política cultural del actual gobierno del PP.

— Hace poco más de un año que el PP tomó en sus manos la gestión de la cultura. Probablemente, y es la primera pregunta, la cultura como un todo no se puede gestionar. ¿Qué se gestiona desde un ministerio?

— Depende de la concepción que se tenga acerca del papel de los poderes públicos en la gestión de la cultura. Estamos de acuerdo en que la cultura se genera en la propia sociedad y que,

por tanto, hay unos límites: el límite a la gestión cultural es siempre el dirigismo. Nunca tiene que haber dirigismo. Salvado esto, la gestión que se hace también depende del concepto que se tenga de cultura, o mejor dicho, de para qué sirve la cultura o cuál es el papel de la cultura en una sociedad.

Creo que teóricamente, porque otra cuestión son los programas y otra aún su ejecución, desde un pensamiento conservador o de derechas se afirma que los poderes públicos no tienen por qué estar presentes en el mundo de la cultura; se tiene que dejar todo a las leyes del mercado. Eso en el plano teórico, porque otra cosa son, como he dicho, los programas y su ejecución práctica. Por el contrario, desde un pensamiento o desde una política de izquierdas siempre hemos pensado que los poderes públicos —el Estado, las Administraciones Autonómicas y los Ayuntamientos— tienen que intervenir precisamente para garantizar el acceso a la cultura por parte de los ciudadanos y ciudadanas. Ello conlleva la concepción de la cultura como un derecho. Para que ese derecho pueda ser efectivo tiene que realizarse y ejecutarse toda una serie de infraestructuras culturales, porque difícilmente se puede proclamar un derecho si después no existen las bases para que sea posible acceder a él. Por eso, nosotros siempre hemos insistido en que existan auditorios, bibliotecas, museos de titularidad pública.

Esto desde el punto de vista de los ciudadanos. Después, está el punto de vista de los creadores. Hemos tenido una idea muy clara de la potenciación de la creatividad y del respeto que la creatividad merece. La no ingerencia significa que la creación se pueda desarrollar libremente, pero eso conlleva toda una serie de medidas, sobre todo legislativas. Ahí entran todas las leyes relacionadas con la propiedad intelectual, por ejemplo, o las medidas de apoyo a la creación.

En este campo también existen en el plano teórico una serie de diferencias con la derecha, pero en la práctica el PP todavía está viviendo de las rentas de lo que ha sido la política socialista. Además, hay muchas contradicciones entre lo que fueron su programa, sus declaraciones y su combate preelectoral y lo que está siendo su proyecto cultural.

— La declaración del actual presidente, entonces líder de la oposición, de que una de sus prioridades, recuerdo que declaraba tres, era la cultura, ¿se ha visto reflejada en algún hecho?

— Se ha visto reflejada en las fotografías. Es una mera cuestión de imagen. Creo que el actual presidente del Gobierno tiene un interés, que de momento no voy a calificar, pero que se podría considerar excesivo, no tanto en defender los presupuestos de cultura, sino en aparecer en la *operación Picasso*, en aparecer en el convenio de catedrales o en una inauguración en el Museo del Prado o en un acto del Patronato del Museo del Prado. Cito estos ejemplos porque

son políticas que en concreto provienen de la etapa socialista, pero que, sin embargo, el PP ha intentado capitalizar e, incluso, con cierta cicatería. Por ejemplo, la *operación Picasso* era una de las que nosotros proyectamos y diseñamos. Desde los patrocinadores hasta los contactos con la familia, pasando por la selección de las obras, etcétera. Todo, excepto la traída material de los cuadros se produjo en la época socialista. El diseño de la operación, el convencer a los diferentes ministerios implicados, el trabajo de los expertos... fue un diseño nuestro. Naturalmente, no salimos en la foto.

Lo mismo pasó con el convenio de catedrales, fruto de casi tres años de esfuerzos por nuestra parte. Vimos claro que la Iglesia católica no tenía interés en firmar ese convenio con nosotros, como si hubiera una connivencia entre la Iglesia católica y la derecha española. La Iglesia protestaba, pero sobre todo protestaban algunas Comunidades Autónomas, muy claramente la Comunidad de Castilla y León, en la que sus dirigentes preferían utilizar este tema, como todo el tema del patrimonio histórico, como un arma arrojadiza, sin mostrar un interés verdadero por solucionar los problemas. No lo pudimos firmar entonces y acaba de firmarse, en los mismos términos. Ahí se ha visto muy claro cuáles eran los verdaderos intereses. Se invocaba el patrimonio histórico como causa de enfrentamiento con el poder central, porque en ese momento el poder central lo ostentábamos los socialistas. Y por más persistencia que había por nuestra parte en llegar a acuerdos —además no sólo a corto plazo sino a medio y a largo plazo—, ellos preferían tener enfrentamientos a obtener realmente las soluciones.

Y en otros temas, por ejemplo, en uno que ha sido clamoroso en el mundo de la cultura, la política cinematográfica. Hace un tiempo la actual ministra de Educación y Cultura decía que los éxitos del cine español eran debidos a la política cinematográfica del PP, utilizando como propaganda propia éxitos en que no ha tenido ninguna participación. Esta estrategia de propaganda a veces les sale bien. Afortunadamente, la gente del mundo de la cultura tiene memoria y recuerda los debates que tuvimos cuando aprobamos la Ley de Cinematografía, todo lo que se dijo y quien lo dijo. Recuerda incluso que, cuando el PP tomó posesión del ministerio de Cultura, se manifestó sobre los «trece años nefastos del cine español» debidos a la errónea política socialista. Pues bien, ellos han hecho a menudo una política continuista y lo que más odian es que se les atribuya esta continuidad.

Creo que hay muchos desajustes entre lo que el PP decía en sus programas electorales y lo poquito que está haciendo. Si analizamos, por ejemplo, declaraciones del actual presidente del Gobierno sobre política cultural, comprobamos que meses antes de las elecciones, prácticamente sólo hablaba de la lengua española y del patrimonio histórico; lo demás, el arte contemporáneo y todo lo que pueden ser las industrias culturales, pensaba que se debía dejar a la iniciativa privada. La propia ministra se declaró en contra de las

subvenciones porque, según dijo, pervertían los sectores. Lo dijo y sigue diciéndolo insistentemente. Sin embargo ahora, aunque no en ámbitos tan públicos, dice que lo que tampoco puede hacer es suprimir las subvenciones, porque sino tendría a demasiadas personas o colectivos en contra.

Hay muchas distorsiones y habrá que dejar pasar un poco más de tiempo para ver cómo al final se resuelve todo y a qué se debe la cristalización de unos proyectos y no de otros. Su acción de gobierno es de momento un poco confusa.

— **Antes, en efecto, de las elecciones, y de ganarlas por una mayoría tan corta que cabe calificarla de exigua, no sólo Aznar declaró que su prioridad era la cultura. Una de las personas de su entorno intelectual, creo recordar que lo comparó a Lorenzo el Magnífico, como gran mecenas de la cultura. Parece claro que todo poder necesita siempre avalarse con eso que se llama la cultura. ¿Está consiguiendo el PP ese aval en los sectores culturales españoles?**

— Sinceramente creo que no. A lo mejor la mía es una visión sesgada, pero creo que el PP no ha conseguido el prestigio y el reconocimiento más allá de las personas directamente implicadas o beneficiadas por una determinada política. Hay casos que son muy significativos. En lo que respecta al Teatro Real, el Partido Popular siempre nos había acusado a nosotros de dirigismo, de intervencionismo, de amiguismo... en fin, se hablaba del pesebre, del famosísimo pesebre, que, desde luego, yo he rechazado siempre de plano. Ellos siempre han abogado, teóricamente, por la neutralidad, por la objetividad... Pero donde no son continuistas resulta que no dudan en practicar el intervencionismo. Lo hacen en el caso de organismos en nacimiento o en crecimiento y desarrollo. No han tenido ningún inconveniente en vulnerar pactos existentes, como en el caso del Teatro Real el pacto con Ruiz Gallardón de la Comunidad Autónoma de Madrid. Parecen haber sufrido una especie de amnesia —están en las hemerotecas sus declaraciones y sus compromisos— y no han tenido ningún inconveniente en sustituir a la directora general, a los miembros del patronato (que habían sido elegidos, al menos por nuestra parte, teniendo en cuenta su prestigio, su experiencia, su capacidad para construir un proyecto de gran envergadura), por personas, diríamos, afines. Han tenido toda una serie de comportamientos desde la Administración que han hecho desistir y dimitir a una persona del prestigio del director artístico. Todo eso ha conllevado una serie de abandonos por parte de personas vinculadas al mundo de la cultura —en este caso en concreto al de la ópera—, con lo cual han perdido credibilidad. Cierto que en principio no tenían por qué tenerla, pero la habían haber consolidado si hubieran sido respetuosos, simplemente respetuosos.

Si no hubieran interferido en una gestión de un organismo cuyo objetivo era que éste se desgajara, que no fuera tan dependiente del ministerio de Cultura y que tuviera vida propia —que es lo que creemos que deben tener las instituciones y los organismos culturales— habría sido mejor para la ópera y para el PP.

Creo que por ahora es un poco complicado analizar o, sobre todo, explicar, el comportamiento del Partido Popular en el ámbito de la cultura. Por eso muchas veces tenemos que recurrir a casos concretos, que no están en la mente de todos, pero que son ejemplos claros de lo que pretenden hacer. Luego se amparan a lo mejor en determinados acuerdos parlamentarios, pero los utilizan más como escudo que como compromisos de diálogo, como es el caso del Museo del Prado, otra cuestión que también es importante.

— Con el Museo del Prado, ¿qué sucede? En resumen, lo que se dice es que ha habido un gran desembolso de dinero público para un proyecto que al final ha fracasado. ¿Parte de la política del PP no es precisamente la reducción de gastos?

— Más que un desembolso de dinero, creo que la ampliación del Museo del Prado era un proyecto que respondía a una ambición completamente legítima. Pienso que en política cultural hay que ser ambiciosos en el mejor sentido de la palabra, es decir, ser conscientes de que las grandes instituciones culturales como pueden ser la Biblioteca Nacional o como puede ser el Museo del Prado, no sólo son nuestra historia sino también nuestro legado para el futuro. Hay que estar acordes con lo que son las circunstancias de la época, lo que ha supuesto que los museos dejen de ser instituciones que encierran unos tesoros escondidos. De esos tesoros tiene que participar la mayoría de los ciudadanos y las ciudadanas. Eso comporta la modificación de los espacios, pero también la modificación de los conceptos. Y además de proporcionar ese acceso al público, los museos tienen que cumplir con un trabajo de investigación, de conservación.

Pero parece que lo que quieren hacer es convertir el museo en una gran tienda: que vengan miles y millones de personas. Por supuesto que sí, pero no se trata tan sólo de una cuestión de *marketing*, se trata también de una cuestión de investigación. Para que esa investigación se pueda producir los departamentos tienen que estar bien estructurados y tiene que haber espacios adecuados para las bibliotecas, para los departamentos de investigación, de restauración, de conservación, etcétera. Cuando hablábamos de la ampliación del Museo del Prado se trataba de hacerla en la línea de todos los museos de las mismas características en nuestro entorno, desde la Tate Gallery, el Metropolitan o el Louvre. Creo que una vez más han renunciado a una ambición respetable. Se declaró desierto el concurso internacional de ideas, cuando se podía haber hecho un esfuerzo. El resultado ha sido mucha frustración, y mucha ilusión y mucho trabajo enterrados.

Por otra parte, todavía no han diseñado una alternativa. Lo lógico, si se declara desierto el concurso, y encima tienes el aval de un jurado internacional, es que el paso siguiente de un gobierno sea ofrecer una alternativa. Si renunciamos al concurso internacional de ideas, debemos saber qué vamos a hacer, por ejemplo, con el claustro de los Jerónimos. El PP lo que sí tiene siempre es mucha tendencia a hacer propaganda, a presentar como nuevas cosas diseñadas con anterioridad (como las cubiertas del Prado, sobre lo cual la ministra se ha armado bastante lío, con el cálculo de los metros que se ganan y los que se pierden) y todas estas cosas las rescatan y mal, porque no acaban de comprender lo que supone gobernar. Si dices alguna cosa o descartas algo tienes que ofrecer siempre una solución alternativa para los problemas. Si el Museo del Prado hace un plan global de necesidades aprobado por el patronato y aprobado por el Parlamento, pues habrá que hacer un diseño de cómo responder a esas necesidades y no sacar cartas y papeles amarillentos diciendo que el alcalde de Madrid ofrece el edificio del Conde Duque; ese ofrecimiento ya existía cuando nosotros gobernábamos, no añade nada nuevo. Queremos saber qué se va a hacer en concreto, cuál va a ser el diseño y quiénes van a ser los responsables. El tema del Museo del Prado vuelve a ser un ejemplo de una política cultural deshilvanada. O inexistente: la ministra todavía no ha tenido una comparecencia en el Congreso de los Diputados para explicar cuál va a ser su política cultural.

Con perdón por ser autorreferente, nosotros tomamos posesión el 13 de julio y la tercera semana de septiembre yo estaba en el Congreso explicando nuestra política cultural. Aquí pasa el tiempo y nada se somete a examen. Unir Cultura y Educación ha servido exclusivamente para anular Cultura. Todos los tiempos y las comparecencias se consumen en materias de Educación, porque son muchas, y sucede lo que nos temíamos: la cultura se ha postergado, la política cultural se ha postergado. Cierto que la educación tiene mayor peso social, pero en este caso sólo sirve para hacer un trabajo de camuflaje en materia de cultura y eso para la cultura es bastante grave.

— **¿Cómo interpretas el proyecto PP de crear una llamada comisión de cultura, una especie de organismo informal dedicado a temas culturales en que participara la ministra, y que funcionaría como una especie de gabinete personal?**

— No le doy mayor importancia. Los gabinetes interministeriales, los que hemos estado en ellos los sabemos, tienen una efectividad de coordinación del esfuerzo de las distintas áreas de gobierno, pero son estructuras añadidas, cuando lo importante es entrar en los problemas reales y propios. Por ejemplo, yo tengo una espina clavada que me duele más siempre que voy a Castilla y León, que voy mucho porque mis compañeros me lo piden. Los conflictos más fuertes

que he tenido siendo ministra de Cultura han resultado del enfrentamiento, muchas veces ficticio, entre las dos Españas; enfrentamiento sobre todo propiciado desde una política victimista y subsidiaria como es la de Castilla y León frente a Cataluña. No hace falta tener mucha memoria para recordar que cuando se incendió el Liceo de Barcelona y acudimos allí, se dio la impresión de que lo hacíamos a costa de la catedral de Burgos. Se dijo que la habíamos abandonado siempre y además se insinuó que sus problemas se debían a nuestro abandono. Cuando se estudia un poco de historia vinculada al patrimonio histórico, sabemos que la catedral de Burgos empezó a tener problemas casi al mismo tiempo que se terminó de construir, porque el lugar no era precisamente el más adecuado, los materiales tenían problemas y cuantas otras cosas suelen ocurrir en bastantes edificios históricos. En resumen, lo que es curioso, con independencia de la importancia de la catedral de Burgos, es que surja toda una polémica virulenta sobre ella porque se incendia el Liceo de Barcelona. Como si solucionar el problema del incendio del Liceo supusiera el abandono de la catedral de Burgos, cuando resulta que uno no le quita un céntimo a la otra porque son programas diferentes.

Parecido es el caso del archivo de Salamanca. Si he tenido dos conflictos populares, y además cuando digo populares también quiero decir con ciertos ingredientes de irracionalidad, el del archivo de Salamanca fue el segundo. Había mucha pasión, y aunque yo siempre pedía más razón y menos pasión, creo que también ahí había una intencionalidad clara de manipular y utilizar estos temas en contra del gobierno central, entonces socialista. Cuando voy a la Comunidad Autónoma de Castilla y León, siempre digo lo mismo: parece mentira que todos los problemas del patrimonio histórico fueran hace un año gravísimos y ahora parezca que ya estén solucionados. Como si hubieran cesado solos los problemas de conservación del patrimonio histórico. Y, sin embargo, resulta que un bien tanpreciado como el Acueducto de Segovia, peligra. Desde el Partido Popular se intenta agredir su entorno, agresión al entorno que evidentemente supone una agresión al monumento. Parece que la sensibilidad sólo llega hasta las piedras, pero no a sus entornos, cuando desde el punto de vista patrimonial histórico, si se cava un subterráneo cerca de un bien de primera magnitud, o si construyes un hotel que impide o deteriora las perspectivas, evidentemente lo debilitas y deterioras. Creo que la del PP es una visión muy cerrada y también muy partidista de lo que es el patrimonio histórico, que pasa por ser uno de sus baluartes.

— Durante los tres años al frente del ministerio de Cultura te esforzaste por cerrar convenios con las Comunidades Autónomas que garantizaran las inversiones en grandes infraestructuras. Las peticiones tenían que ser puestas en orden de importancia por la propia Comunidad de acuerdo con el ministerio. ¿Qué pasa con el cumplimiento de esos convenios?

— Han caído completamente en el olvido. Menos Galicia y Canarias, todas las demás Comunidades Autónomas con las que firmamos convenios tenían un gobierno socialista —afortunadamente, por lo menos, tenemos esas dos excepciones de Galicia y Canarias—, pero por lo que sé todo se ha quedado en dique seco. Al cambiar el signo político en las Comunidades Autónomas, no quieren reivindicar ante el gobierno central sus convenios porque ahora son del mismo partido.

— **Pero eran convenios firmados...**

— Nos queda su seguimiento parlamentario desde la oposición. Nuestro portavoz de Cultura en el Congreso de los Diputados los tiene. Pero los gobiernos PP no moverán ese asunto. Tendremos que ser nosotros quienes nos preocupemos de su ejecución. Hay casos en los que habiendo compromisos clarísimos, estoy segura de que se intentará incumplirlos. Prefieren actuar sin metodología, porque están más preocupados de la imagen que de la intervención rigurosa y seria, a medio y a largo plazo, que presidía nuestros acuerdos con las Comunidades Autónomas.

Además, están viviendo mucho de las rentas. En febrero de hace tres años fui a hablar con el presidente de la Conferencia Episcopal para desarrollar un convenio metódico. Me dijo que le parecía una idea estupenda y comenzamos a trabajar en él. Se reúnen los directores generales, se habla con los obispos, que también están de acuerdo... y el convenio va a la Santa Sede, vuelve de la Santa Sede, se remite de nuevo a la Santa Sede... un proceso de casi tres años que parece imposible de cerrar. Y después del cambio de Gobierno ¿cómo es que se ha podido solventar en seis meses? Parece claro que existían inconvenientes de tipo ideológico por parte de la Iglesia.

Y ese mismo comportamiento respecto a nosotros es trasladable a los responsables de cultura de las Comunidades Autónomas cuando estaban en manos del PP. Como ahora resulta que de esos convenios se pueden derivar exigencias al gobierno central —y son del mismo signo—, tampoco se traslucen esas exigencias. Hay también una especie de abandonismo y una bajada de listón grande. Eso también me preocupa porque ese bajón del listón, ¿cómo lo podemos interpretar? Creo que es importante siempre ser exigente con los gobernantes y no es que ahora me queje porque conmigo han sido exigentes y críticos y ahora con ellos no lo son. Me quejo de que no continúen en la misma línea los poderes autonómicos, los Ayuntamientos y los medios de comunicación.

Muchas veces la gente da como explicación que uno es siempre más exigente con un afín, cosa que yo en cierta medida comparto, porque es verdad que yo con una persona o con una institución con la que coincido siempre tiendo a ser exigente. Pero hay veces que parece inexplicable que esas exigencias hayan desaparecido. Con eso se hace un flaco favor a la cultura, al patrimonio histórico, a

todo por lo que hemos estado luchando; y comprobarlo te da una dosis de escepticismo, de tristeza perfectamente comprensible.

— Sin duda. Entonces, ¿hay que entender que las cuestiones que surgían a veces sobre el Patrimonio Artístico, eran en realidad armas arrojadas? En estos momentos, sería fácil continuar la política con respecto al patrimonio, puesto que los convenios quedaron firmados y cerrados, pero no se hace. Por tanto, ¿cabe decir que no había verdadero interés?

— Por un lado existía el interés que existe siempre en la derecha de reducir los temas de cultura al patrimonio histórico, que, aunque también desde la izquierda lo valoramos —porque nadie rechaza su propia memoria, ni su propia historia— no lo enfatizamos ni lo hacemos exclusivo. Pero la derecha lo constituye prácticamente en el único objetivo y, sin embargo, en la práctica, no hay ninguna correspondencia desde el punto de vista presupuestario ni desde el metodológico. Tampoco desde el punto de vista del diálogo y la cooperación con las Comunidades Autónomas se refleja ese interés en los hechos. No nos inventamos nada, ahí están los presupuestos.

— De hecho, una de las instituciones interesadas en que el patrimonio histórico fuera a todo efecto el único asunto de Cultura, la Iglesia, por lo que vamos viendo, prácticamente encubre esa situación.

— Bueno, encubre en cierta medida, porque por otra parte finalmente ha firmado ese convenio que fue fruto de nuestros esfuerzos, pero...

— ¿Está en los mismos términos en que se había planteado o se han logrado ventajas por parte de la institución eclesiástica con las que pudieran no contar en una Administración anterior?

— Se deben haber logrado ventajas marginales. En definitiva el presupuesto —que ya veremos cómo se ejecuta, porque una cuestión es hablar y otra cuestión luego ejecutar— fija una inversión de 1.500 millones de pesetas. Lo que hay que ver es si esa cantidad se ejecuta o no, y dónde, con qué prioridades... No se trata sólo de firmar un convenio, sino de conocer después cuál es la metodología, cuál es la ejecución, cuáles son las prioridades. Creo que la Iglesia católica no tenía ningún interés en firmar con un gobierno socialista, por muy convencida que estuviera la bondad del convenio, y además eso me lo han puesto de manifiesto ciertos dirigentes de la Iglesia católica.

No se trata tanto de la bondad del convenio, sino de si se firma o no con un gobierno que está a favor del aborto, o que tiene una determinada concepción sobre la enseñanza de la religión. Existen ahí

afinidades que no se nos ocultan a nadie. Yo, en fin, por desesperación, muchas veces recurría a personas que tienen una mayor ascendencia sobre la Iglesia, pero algunas personas me avisaban: «desengañate, no van a querer firmar con nosotros». Insistía sin cesar por aquello de «que por mí no quede», pero también pensando que la política de patrimonio ha de estar clara. Se trabajaba en ella no sólo por cerrarla, sino por darle realmente solución a largo plazo. Además, nunca hay que olvidar dos cuestiones: la Iglesia católica es el titular de las catedrales, como de todo el patrimonio eclesiástico, pero las competencias en esa materia son concurrentes con las Comunidades Autónomas. Pese a esas competencias y no obstante esa titularidad, se derivaba toda responsabilidad a la Administración central. Era con toda claridad una treta y una treta política. No existían deseos de convenir, de acordar y de cooperar, sino intención de localizar un culpable y volcar sobre él todas las iras populares, vinieran de donde vinieran. En fin, hacer demagogia.

No lo digo con ira, es pura descripción. Si acudimos a las hemerotecas lo comprobaremos. Al presidente de Castilla y León le ha molestado mucho que últimamente yo haya hecho declaraciones en su territorio afirmando que él tenía mayor protagonismo nacional cuando gobernaba el PSOE que ahora cuando gobierna el PP. Protagonismo fundamentalmente basado en el asunto del patrimonio histórico. En el *Abc* desde luego aparecía mucho más que ahora diciendo que nos olvidábamos de todo, aunque no fuera así. Aunque luego nos desgañitáramos diciendo que en la catedral de Burgos el gobierno central había invertido 328 millones —más todo lo que se había hecho desde las escuelas taller— y que la Junta de Castilla y León, que tenía competencias en materia de cultura, sólo había invertido 18 millones. Eso no se reflejaba. Es un ejemplo claro de lo que son las dificultades de gobernar cuando hay un muro que impide la transmisión de informaciones y cuando se vive en un momento de manipulación y demagogia.

— **Lo que dices es cierto: nuestra derecha tiene una concepción de la cultura vinculada al eruditismo, por lo general. La cultura como una especie de peso muerto de la historia, traducido por lo general en piedras, para las que reivindica cuidados, siempre que no sea ella la que tiene que pagarlos, porque en ese caso parece que su memoria se hace más débil y se interesa menos. Por eso se ha dicho que la derecha es más insuficiente por lo que toca a la cultura del presente. Es menos vanguardista de lo que pueda ser la izquierda. Hablemos de esto. Cambiemos de escenario y pasemos al INAEM. ¿Qué está sucediendo con el INAEM?**

— Es otro caso de autoritarismo y bastante falta de cohesión. Demasiadas luchas internas, por las noticias que tengo. No quisiera insistir machaconamente sobre el asunto de las cifras, pero cuando se

habla del 1% cultural hay que hacerlo. El 1% cultural es parte de la Ley de Patrimonio Histórico Español, una ley aprobada durante las legislaturas socialistas, no se lo ha inventado el PP. Nosotros una gran parte del 1% cultural lo dedicamos, además de al patrimonio histórico en sentido restringido, a la restauración de los teatros del siglo XIX que existían en nuestro país, intentando combinar lo que es la restauración del patrimonio con el objetivo de ofrecer un servicio público, en este caso, impulsar, mejorar las representaciones escénicas. Crear, en fin, toda una red de teatros —igual que la red de auditorios—, que hiciera circular las obras y que, en definitiva, supusiera una democratización de la cultura. Si todo ese 1% lo invierten en las catedrales, tendrán que dejar pendientes otros compromisos. Esa es otra cuestión que habrá que investigar.

El poder se engolosina mucho con el tema de la cultura. Golosina es una palabra que a mí me gusta mucho y al usarla quiero decir que existe una gran capacidad de seducción por parte del mundo de la cultura respecto al poder. En el programa del PP o en sus declaraciones anteriores a la confección del programa siempre se afirmó que el único tema contemporáneo sería su apoyo a la lengua castellana. Se sostenía que el arte contemporáneo había que dejarlo a la iniciativa privada, a la ley de mecenazgo, a las leyes del mercado, porque, en definitiva, no debía haber ningún tipo de interferencia. A la hora de la verdad, tiene que llegar a compromisos con el arte contemporáneo, con lo que es la cultura viva. No sólo no puede menospreciarla, sino que más bien se siente atraído por el intento, digamos, de convivencia con los representantes de la cultura actual. Si todo hubiera quedado en la defensa de la lengua española... pero no ha podido ser, porque el Gobierno ha tenido que pactar con los nacionalistas, fundamentalmente con CiU. Su programa consistía en la defensa de la lengua castellana, y además la contraponían a todas las leyes de promoción y de difusión de las demás lenguas. Y ahora... El castellano era el tema relacionado con la cultura contemporánea, en contraposición sobre todo a la lengua catalana, recordemos todos los conflictos que se organizaron en torno a temas lingüísticos. Y ahora el presidente del Gobierno resulta que en la intimidad ya habla catalán. Ahora ya no se puede dirigir toda la energía hacia la defensa del castellano, sino que ese mensaje se tiene que diluir. El enemigo anterior ahora se convierte en cómplice o en un colaborador necesario... De nuevo el PP se ha quedado sin política.

En lo que respecta al INAEM, sigo sin ver cuál es su proyecto. Han nombrado un director general que como compositor musical, como autor, tiene determinado prestigio, pero de ahí a la gestión cultural hay un paso importante. Por poner un ejemplo: el Teatro Real. Ha habido ingerencias indeseables. El Teatro Real tiene un futuro bastante incierto, por mucho que se empeñen en que el problema son las butacas. Un tapizado se cambia enseguida, pero el problema es el respeto, la programación, el diseño artístico, el objetivo para el que se concibe esa infraestructura cultural. La inver-

sión en el Teatro Real ha sido muy importante, —aunque no ha sido desmesurada, si lo comparamos con otros teatros de la ópera de nuestro entorno— pero ha sido cuantiosa. Toda esa inversión sirve para llevar adelante un proyecto de envergadura. Si al final vamos a poner en escena *La Chulapona...* para eso ya teníamos lugar, ya se está haciendo en el Teatro de La Zarzuela.

Lo que puede fallar es toda una nueva concepción de lo que es un Teatro de la Opera, todo el trabajo de formación, de creación de hábitos culturales, de elevación del nivel artístico, en fin, de lo que irradia un centro de esas características. Si vamos rebajando objetivos el continente va a resultar absolutamente desmesurado respecto del contenido.

Algo parecido ocurre con la Orquesta Nacional, que parece que vaya por sus propios derroteros. Siempre ha sido conflictiva. La gente del mundo de la música ha criticado la funcionarización de los profesores de la orquesta, funcionarización que aprobó Soledad Becerril meses antes de dejar de ser ministra. Pero nosotros no convertimos a los profesores de la Orquesta Nacional en funcionarios. Sí sigue habiendo problemas. Soledad Becerril ahora está en la filas del PP. Los problemas que éste deba afrontar son completamente suyos.

Toda la circulación que existía antes en la red de teatros y en la red de auditorios, fundamentalmente en la red de teatros, ahora ha perdido contenido o fluidez. Si el éxito de público es lo único importante, no se puede hacer política cultural. Por ejemplo, el María Guerrero es otra gran incógnita, la Sala Olimpia... nadie sabe qué va a pasar con ellos, pero sí sé que cuando gobernábamos nosotros todas las semanas nos preguntaban sobre cada una de estas cosas. Ahora mismo parece que está todo en dique seco y, sin embargo, no se dice nada. Hay como un estado de gracia permanente, salvo en cuestiones muy puntuales y escandalosas.

Siempre encontramos un desajuste entre lo que el PP proyectó en su día y lo que hace ahora. Y siguen declarando que quieren acabar con el despilfarro, aunque luego sus actos contradigan sus votos de austeridad. Cuando lo primero que deberían hacer es demostrar si hubo despilfarro, y lo segundo demostrar que ellos son más austeros. De momento no han demostrado nada de eso. Como tampoco parecen tener un nuevo diseño sobre la Sala Olimpia, la de Nuevas Tendencias, la Compañía Nacional de Danza, el ballet; no se ven las alternativas.

Yo de vez en cuando, al escribir sobre un tema concreto, consulto el diario de sesiones y me encuentro con, por ejemplo, las declaraciones que hacía el actual secretario de Estado de Cultura, Miguel Angel Cortés, cuando era diputado de la oposición. Siempre supercrítico, parecía aludir con sus declaraciones a que detrás había una alternativa. La verdad es que decepciona bastante. En concreto el Sr. Cortés ha estado postulándose como alternativa durante años —no sólo cuando yo era ministra, sino también con los ministros ante-

riores—, y aludiendo a que sus ideas eran maravillosas y nuestra política y proyectos un horror. Ahora, ¿dónde están sus proyectos y sus ideas? Yo pensaba que tendrían algo más de fondo, un mayor conocimiento de los temas culturales, propuestas y proyectos más claros, pero no hay absolutamente nada.

En general no saben, no saben y no contestan, y eso en muchísimas materias.

— ¿Respecto de la relación de la derecha con proyectos de vanguardia?

— Una cosa que creo es importante: una cosa es que ellos, en el momento de poner en marcha estos proyectos y de diseñarlos, estuvieran en contra —porque estaban de acuerdo con lo que ellos pensaban en su momento— y otra cosa es que, una vez puestos en marcha y aceptados por el público, una vez que tienen prestigio, se los apropien. Nosotros, como izquierda, no debemos estar resentidos por ello, porque en definitiva nuestra pretensión es universalizar nuestros mensajes y nuestros proyectos. Pero que quede bien claro que lo que hacen es sumarse a un proyecto y hacerlo propio cuando otros han tenido la ambición y han asumido el riesgo de ponerlo en marcha. La izquierda hace esto desde un punto de vista vanguardista e incluso un poquito por delante de lo que es la necesidad inmediata o la demanda inmediata de la sociedad, porque cree en la transformación de la realidad a través de la cultura y de las infraestructuras culturales. Otra cuestión es decir, «pues como ya está aquí y queda muy bonito, me lo quedo». Esa sí es una diferencia importante y hay que tenerla clara.

Es el caso del Reina Sofía: lo han criticado sin cesar y en parte por ello ha sido un museo problemático. Y claro decir ahora, cuando es un proyecto que está ya consolidado, que prueba la apuesta del PP por el arte contemporáneo... Pero ¿desde cuándo? ¡Si hace bien poco decían que el Prado y el Reina Sofía se debían fusionar! Recordar todo eso es lo que hace descubrir lo que es su política.

— ¿Como en el caso del cine?

— Hace un tiempo estuve escribiendo un artículo sobre la excepción cultural y repasando el diario de sesiones del Parlamento. Lo que dijo, además sin darse cuenta, el actual secretario de Estado de Cultura respecto al cine español, es memorable. Creo que el problema que tiene el PP es que muchas veces se les escapa lo que piensan de verdad —con respecto a las mujeres, la cultura y algunas otras cosas—. A veces bajan la guardia y dejan que el pensamiento fluya, y ahí es donde demuestran su ideología. Entonces todo fueron críticas feroces, fueron los únicos que votaron en contra de la Ley de Protección y Difusión de la Cinematografía... y ahora la ministra dice que los éxitos del cine español se deben a la política del

PP. Si no mienten más es porque los medios de comunicación en general han reflejado sus graves deslices anteriores, por lo cual apuntarse los tantos ajenos es ahora un poquito más difícil.

Odian que se les diga que están haciendo una política continuista, pero en la política cultural hay veces que es suficiente con ir a determinado ritmo, y por el momento pueden ir aprovechando lo heredado. Sin embargo, gobernar exige tener la capacidad de ver qué necesita la sociedad en un momento determinado, en un sector determinado. El sector audiovisual es muy importante para la educación y para la cultura de una sociedad. La de la excepción cultural fue una batalla durísima; cuando los americanos querían incluir el sector audiovisual en los acuerdos de la Ronda de Uruguay. Los creadores y profesionales del sector tenían un concepto mucho más claro del asunto que los gobiernos europeos. España jugó un papel importante y acertó al considerar que el sector audiovisual no podía incluirse en la Ronda, no podía considerarse como una mercancía y que, por el contrario, se le debía aplicar de una u otra manera la excepción cultural.

Creo que ese momento reforzó nuestra autoestima, porque es importante también desde el punto de vista de la política captar la sensibilidad del sector, las necesidades de la sociedad y los peligros de la uniformación de la cultura. En Europa hay gobiernos que se sienten menos vinculados con el mundo del audiovisual o que tienen más intereses o más connivencias con los EE. UU. y tienden a bajar la bandera. Echo de menos ese impulso, creencia o energía, de defender la excepción cultural. Porque no es todo cuestión de dejar que las cosas sigan su propia dinámica. No hay que hacer despotismo ilustrado, no quiero decir eso, pero sí que hay que detectar lo que está sucediendo en realidad en el mundo del audiovisual, que es un mundo cambiante por su propia estructura y al que hay que estar siempre muy atento. Este mantener la atención tiene más que ver con el pensamiento de izquierdas que con el pensamiento de derechas o conservador. Desde la izquierda siempre nos planteamos muchos interrogantes, muchas preguntas, y aunque no siempre tenemos las respuestas, intentamos buscarlas. El pensamiento de derechas o el pensamiento conservador siempre es más dogmático, más cerrado y no se deja contaminar por la realidad, con lo cual también resulta más insatisfactorio.

— **La cultura forma parte del paisaje que un Estado es capaz de aprovechar en su proyección hacia el exterior. A través de ella se muestra culturalmente vital o apagado. ¿Cómo nos va, en tu opinión, en la sociedad internacional en este último año en tanto que hacedores o presentadores de cultura?**

— Afortunadamente, y una vez más volvemos al principio, la cultura la genera la propia sociedad y el talento está ahí. No nos hemos inventado a los nuevos realizadores ni a los antiguos, ni nos

hemos inventado a los pintores, a los arquitectos y compositores... Todos están ahí, nosotros lo único que podemos hacer es promocionarlos y articular políticas que sirvan para ello. ¿La proyección de nuestra cultura en el exterior? Nosotros teníamos un proyecto articulado y ahora creo que hay un sentimiento generalizado de falta de apuesta por la creatividad contemporánea, aunque quizá aún no se hayan dado ejemplos concretos.

El impacto del neoliberalismo hace que decaigan la ambición y el entusiasmo por la proyección exterior. Los momentos de euforia no dependen sólo de la creación y del mercado interior, sino que dependen también de las modas, de los mercados internacionales... en el arte contemporáneo, en las artes plásticas.

— Todos sabemos que abrir caminos internacionales es difícil, que cuesta mucho trabajo y que se cierran con facilidad si no se mantienen transitados. Todos sabemos que cada Estado se interesa por sus propios productos culturales y que la competencia es enorme. ¿Al menos esos caminos se están transitando con la velocidad requerida para que continúen abiertos?

— Una cosa es hacer una política de promoción cultural seria, y otra querer montar sólo un bonito escaparate. La Comunidad Valenciana hace en el exterior toda una política propagandística de exposiciones, pero habrá que enjuiciar y calibrar para qué sirven. *Artistas valencianos en Miami*, por ejemplo, pero en Miami ¿dónde?, ¿para qué?, ¿quiénes? y ¿qué repercusión tiene eso sobre el arte valenciano? Con independencia de que a mí me parezca algo magnífico la proyección exterior de nuestra cultura, constato que hay muchas maneras de hacerla. Si seguimos con el caso valenciano, que me es muy próximo, aclaro que lo sólido de la proyección de nuestra cultura en el exterior como Comunidad es presentar el IVAM, y eso me parece más importante que hacer una muestra de cinco artistas valencianos, que alguien elige, y que inauguran las autoridades locales en un centro cultural que nadie conoce, que no tiene prestigio... Eso no me parece que sea entrar en los circuitos internacionales.

Precisamente porque creo que es importante entrar en los circuitos internacionales —y los circuitos son los que son, de primera, de segunda y circuitos de... quinta categoría—, creo que hay que seleccionar muy cuidadosamente el proyecto, saber qué cargas presupuestarias tiene y qué objetivos persigue. Y además, saber coordinarlo.

— Imaginemos que una persona de cualquier país de nuestro entorno cultural viniera a España y diera un paseo por tres o cuatro ciudades para comprobar la vitalidad cultural española. ¿Qué podría ver ahora? ¿Varias zarzuelas?

— Podría ver zarzuelas, pero también, afortunadamente, algunos aciertos de las Administraciones Autonómicas, porque por

suerte en Cultura la Administración Central no está sola. Podría seguir viendo el IVAM, podría ver el museo Miró de Barcelona, el Museo de Arte Contemporáneo de la Generalitat, podría seguir viendo el museo Reina Sofía, y las exposiciones del Museo del Prado. Otra cosa es saber bien qué puede ofrecer este país al mundo de la cultura. Ofrecer cultura supone insistir en un mayor esfuerzo cada vez mayor. Hay panoramas o ambientes que parecen brillantes y de repente el gris los invade. Eso es muy difícil de demostrar, pero ocurre. Si se desperdician ocasiones, como la del Teatro Real y otras de que ya hemos hablado, ese empuje, esa ambición se pierde. El riesgo es que todo se impregne de casticismo, que no es precisamente por lo que luchamos. El casticismo se puede dejar a las leyes de mercado con toda tranquilidad, que no hay riesgo de que desaparezca.

— **Casticismo, Iglesia e intelectuales liberales recientes. ¿Son estos tres los pilares sobre los que se asienta la política cultural del PP? Temo que el PP no necesita intelectuales, porque ya tiene a la Iglesia para cumplir tal función; la creatividad le resulta, como poco, sospechosa, y en realidad tiene su visión patrimonialista y arcaizante de lo que son los contenidos de cultura, con lo cual la regresión al casticismo es muy fácil, casi mecánica...**

— Sí, con el problema añadido de la incompetencia e ineficacia.

— **¿Esto tiene reflejo en los presupuestos?**

— Lo tiene y lo tendrá más todavía. De momento se han recortado los presupuestos en política cinematográfica, pero luego vendrán más recortes. Hay que tener en cuenta que además ahora deberían tener mayor holgura, porque hay dos asuntos importantes —las obras del Teatro Real y los pagos de los plazos de la colección Thyssen Bornemysza— que finalizan. Ambos suponían, por lo menos en la época que he sido ministra, mucho dinero. Yo tenía muy claro que los socialistas, si dejábamos el poder, no podíamos dejar estos asuntos sin finalizar. Hubiera sido negativo desde cualquier punto de vista. Gracias a nuestra buena administración y a haberlo dejado terminado, se producirá un ahorro importante. El 1998 se dejará de pagar la cuota de la Thyssen —que también ha sido mucho dinero—, con lo cual habrá aún mayor holgura. Pero los números, aunque son verdad, también son mágicos... con ellos se puede atender a algo importante y que es prioritario o, si se carece de política, jugar.

— **¿Qué sucede con las publicaciones y con la Dirección General del Libro?**

— Mucha gente dice que el nuevo director general por lo menos es un director general del Libro que lee, temiéndose sin duda que

nombraran a un director general del Libro que no leyera. Creo que ahí también ha habido pocas innovaciones. Afortunadamente. Es parte de la industria cultural y el sector editorial es un sector muy importante en cuanto a puestos de trabajo, volumen de negocio, etcétera. En él existían acuerdos marcos ya claros. Eso sí, es irrisorio que el secretario de Estado afirme que no debe haber publicaciones oficiales. ¡Pero si esto lo acordamos hace ya mucho tiempo! Pero es casi imposible convencer a la Diputación de «A», o la Comunidad Autónoma de «B», o al Ayuntamiento de «C» de que no editen. Sobre ellos el director general del Libro no tiene más que una cierta autoridad moral, pero nada más. El problema no es que edite el ministerio, que no lo hace desde hace tiempo. La edición institucional es algo que no dependía ya del Ministerio de Cultura.

El punto sensible es el precio fijo del libro, uno de nuestros objetivos que también ha supuesto un gran esfuerzo. La ministra actual anunció que se iba a plantear el asunto del precio fijo del libro. Como siempre, hay que examinar varios aspectos de la cuestión. Si permitimos a los grandes almacenes rebajar arbitrariamente el precio de los libros, hundimos el sector de los librerías, que en cierta medida son como pequeñas instituciones culturales. Si no los proteges de alguna manera, los hundes. Ese es el sentido que tenía y sigue teniendo —en el ámbito de la Unión Europea—, el precio fijo del libro. Ante cada medida hay que tener en cuenta siempre qué hay detrás; debe haber muchas horas de reflexión, de reuniones, para escuchar y contrastar opiniones e información. Nunca se debe imponer una medida, una actitud muy de este Gobierno y que ya no extraña.

— ¿Hay reticencia por parte del Gobierno actual a dar información?

— La verdad es que la izquierda tenemos y somos de otro estilo. Cuando a mí me preguntan algo, soy incapaz de contestar con evasivas, ni se me ocurre. Siempre bajo al ruedo. Ellos parecen especialistas en zafarse o en no asistir a los actos para que no les pregunten o en rodearse de guardaespaldas, directores generales, jefes de protocolo... Me lo comentan los periodistas. «¡Ah! con lo que nos metíamos contigo y te hechamos de menos, porque tú siempre eras accesible —accesible para que luego te *den caña*— y, sin embargo, la ministra actual siempre pide un cuestionario con antelación, tarda en darte una entrevista no sé cuanto tiempo, tienes que pasar por mil controles y, desde luego, abordarla en cualquier sitio —dicen ellos— como hacíamos contigo, ni de casualidad». También es una manera de trabajar, de ser más «lista». Pero es verdad que hay una manera de establecer barreras y desafortunadamente hay una manera de ejercer el poder que consiste en el distanciamiento. Un mayor contacto supone un menor beneficio para el responsable político, porque el miedo, el temor se identifica más con el respeto que la accesibilidad. En definitiva, respetar a los medios de comunicación es ser accesible

a ellos y, sin embargo, muchas veces el respeto hacia ti se mide por el temor y la distancia que impones a los demás.

— **¿Los medios de comunicación están siendo objetivos con la política cultural actual? La presión que se mantiene parece considerablemente más baja. Los autores de esa presión han decaído en su exigencia por contigüidad política. Los temas que eran temas ya no son temas, los problemas que eran problemas...**

— Por contigüidad, por falta de interés o porque han abandonado el terreno. Como dicen ellos, «no les *dan cancha*» y hay mucha más opacidad que antes. Es lo que comentábamos al principio de esta entrevista. Con los afines, por decirlo de alguna manera, o con los accesibles se es más exigente que con los distantes. Si tenían algunas expectativas el primer día, ahora al comprobar que no hay nivel, han dejado la crítica en manos de los teleñecos. Creo que el listón no es el mismo. Lamento recurrir de nuevo a un ejemplo personal: cuando Cipriá Ciscar me nombró directora general de Cultura de la Comunidad Valenciana, yo era decana de la Facultad de Derecho. Un periódico conservador tituló así: «El PSOE le pone despacho a una moderna». Sin sacar las implicaciones feministas, se califica con un exabrupto a una señora con un currículum más o menos coherente. Luego, cuando se ha nombrado para cargos públicos a personas que no han tenido ni carrera universitaria, nadie ha preguntado por su currículum. Eso me preocupa. Un tiempo atrás se requería ser un magnífico gestor cultural, un intelectual y, de repente, parece que es posible conformarse con cualquier cosa. Los medios de comunicación asisten a ello como asiste la sociedad en general, sin acabar de implicarse, sin acabar de ser críticos, como...

— **¿Con una especie de bloqueo?**

— Creo que sí. Sin contar con que los medios oficiales hacen propaganda. Los telediarios dan noticias desde el punto de vista del Gobierno. Haga lo que haga, no para de aparecer. Mi opinión es que todo esto es un poco ridículo, pero el problema está en hasta qué punto la gente se da cuenta de ello. Los sectores directamente implicados sí, porque lo dicen, pero la propaganda continúa. Me consta el grado de conocimiento, la capacidad crítica de mucha gente, pero es más complicado evaluar el impacto sobre el gran público.

— **Hablando de niveles: trece años de gobierno de una elite experta, forjada con tiempo y protagonista de la transición, acostumbran a un tipo de gestión. ¿Podemos hablar de que la elite de recambio es una elite experta?**

— Creo que vienen de otros mundos. Hay una generación, como es la nuestra, que de la cultura hizo una bandera. A lo mejor es una

expresión un poco cursi, pero la cultura formaba parte de nuestras vidas, y tenemos distinta sensibilidad. En toda nuestra vida ha estado presente, muy presente, la cultura. Por todas nuestras lecturas, por todo nuestro interés de apertura hacia el exterior a través del pensamiento...

— **Toda manifestación cultural se tomaba como una manifestación de libertad...**

— Exactamente, exactamente. Unos, una parte, lo hemos vivido así. Y hay otra parte que ha estado pensando en la equitación, en la vela, en el *paddle* o preparando oposiciones...

— **Tú también preparaste oposiciones...**

— Claro, una tesina, una tesis doctoral, unas oposiciones... pero no de inspector de Hacienda como José María Aznar. Quiero decir que estábamos al mismo tiempo estudiando una carrera y leyendo al teatro Pánico, intentando representarlo o viendo la *Nouvelle Vague*, por citar lo más próximo. O cuestionándonoslo todo. Nos inclinamos hacia la divergencia desde nuestras lecturas habituales, si hablamos de Francia, Camus, Sartre o Simon de Beauvoir... y todo lo que eso conlleva. La escuela de Frankfurt o Marcuse. Los italianos... eso ha formado parte de nuestra vida. También EE. UU. Hablar de Kerouac o de Faulkner parece algo malo... pero eso ha sido como nuestro equipaje. Ibamos a un sitio e íbamos con todo eso. A Francia a ver cine o a Londres a ver museos. Y a comprar libros y a traerlos clandestinamente.

Eso es algo que no se puede improvisar. Es un trasfondo que no consiste en erudición, sino en que la cultura forma parte de tu vida. Ese trasfondo ha conformado en ti una determinada manera de relación con el mundo y una determinada manera de estar con el mundo. De ahí proviene también el respeto a los creadores, la importancia concedida a la cultura, porque eso te ha servido —por lo que decías de la identificación con la libertad—, para la lucha por la libertad. Quien no ha vivido eso, porque ha estado en otros mundos, no puede tener el mismo planteamiento. Y a la hora de gestionar, tampoco. Podrían ser más eficaces, pero desconocen la gestión porque han estado en la carrera política. A Miguel Angel Cortés o a Esperanza Aguirre no les importa demasiado el mundo de la cultura. Lo que les importa es su trayectoria política, si es en Cultura, vale, pero si fuera en Agricultura... que hasta se les escapa. En fin, porque no queremos hacer sangre...

Pasa igual con el feminismo. Cuando estábamos luchando por la democracia, estábamos luchando por la igualdad —desde la diferencia o desde donde se quiera—, pero es vida vivida. No es que ahora aprendamos una teoría y la intentemos entender o poner en práctica. Todo eso ha formado parte de nuestras vidas y somos

como somos también por ello. Son experiencias que nos han formado. Experiencias que valoro de manera muy positiva.

— **Por último, ¿supo hacer una retirada ordenada?**

— En cierta medida sí. En los últimos tiempos nos reunimos con la gente del mundo editorial, diseñamos desde el punto de vista de la restauración del patrimonio una carta de restauro, hicimos reuniones a pequeño nivel sobre el futuro del teatro público, tuvimos reuniones con los galeristas y dejamos una serie de documentos, que no eran tanto conclusión de una etapa sino perspectivas hacia el futuro.

La sensación de retirada sí que estaba presente. En mi caso, pasó que hasta el último momento estuve con todas estas ocupaciones que he mencionado. Algunos colectivos planteaban las cosas de una manera un poco desesperada, «o cerramos esta cuestión ahora o no va a ser ya posible». Se palpaba la seguridad del retroceso. Pero cuando uno gobierna, sigue gobernando. No puedes decir «abandono». En las reuniones que tuvimos con las personas del mundo del teatro, con los editores o con los galeristas, nos planteamos que había que rematar nuestro proyecto cultural, por lo menos para dejar una herencia que luego se pudiera poner en vigor. Hay que pensar, además, que la gestión y la política tienen que continuar. Nunca te quedas en un estadio y tienes una rutina, sino que debes que ir investigando nuevos caminos, nuevos apoyos, nuevas líneas. Todo ello de cara al futuro, porque nunca te basta con decir: hemos construido tantas bibliotecas, tantos auditorios, hemos restaurado tantos bienes patrimoniales, creado tantos archivos, hemos informatizado. Además, tenemos un proyecto y es un proyecto que continúa.
